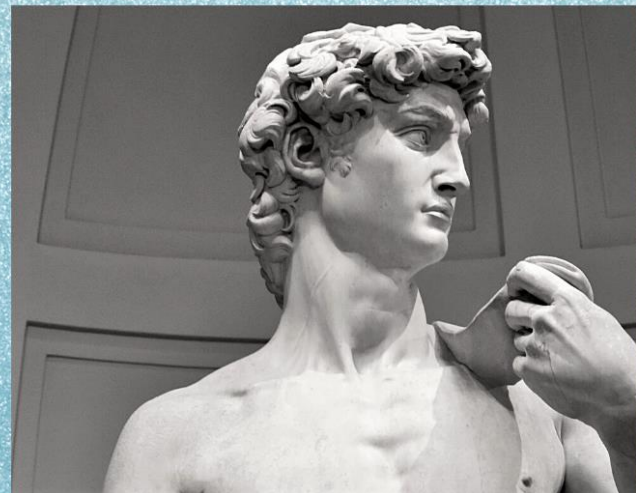
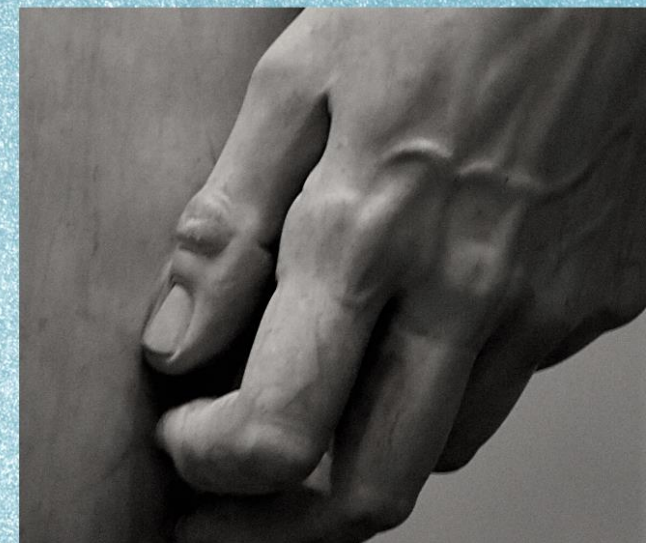


DOSSIER
ACADEMICO # 3

**EL CUERPO EN
PSICOANALISIS**

Marzo 2021



Facultad de
Psicología
Universidad Nacional de Mar del Plata

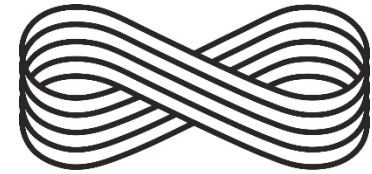


Maestría en
PSICOANÁLISIS

Facultad de Psicología | UNMDP



Facultad de
Psicología
Universidad Nacional de Mar del Plata



Maestría en
PSICOANÁLISIS
Facultad de Psicología | UNMDP

Director

Dr. Eduardo S. Sullivan

Comité Académico

Mg. Susana La Rocca

Mg. Silvia Mulder

Mg. Mara Liz Serra

Autoridades

Decanato Dra Ana María Hermosilla

Vice Decanato Mg. Horacio Martínez

Secretaría Investigación Post Grado y RRII Lic. Mauro Pino

FACULTAD DE PSICOLOGÍA - UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA

Editorial

Las múltiples y polisémicas aristas con las que ha sido trabajado este tema por los autores, nos permiten representar la riqueza de miradas y de conceptualizaciones. Una trama discursiva en la que se van sucediendo efectos de lectura y de escritura. ¿Acaso el cuerpo no es efecto de ello?

El tema es actual: el cuerpo domina la escena en este tiempo de pandemia. Cuerpos afectados por el miedo, la enfermedad, el aislamiento, la influencia de los medios y las redes. Cuerpos visibles, expuestos, distanciados, dolidos, melancolizados. Cuerpos conmovidos o indiferentes. Cuerpos que estallan de angustia, que desencadenan dolores y lesiones. Cuerpos que hablan cuando un analista se dispone a escucharlos.

Agradecemos en especial a todos los que hicieron posible este tercer número:

Cecilia Antón; Vanesa Baur; Rubén Bustamante; Hilda Guida; María José Francia; Laura Iglesias; Horacio Martínez; Samanta Stenta y Eduardo Sullivan.

Dirección y Comité Académico

Contenido de este número

Creación *con* y *contra* el peligro..... 5

Bodies and Antibodies..... 9

¿Qué cuerpo?..... 13

Pathos, cuerpo y vacío 17

El cuerpo en lo simbólico..... 21

Los tres cuerpos 25

Psicoanálisis y Cuerpo..... 29

El cuerpo ¿incorporal?.....34

Intersecciones lenguaje y cuerpo.....39

Creación *con y contra* el peligro



Vanesa Baur

En el curso de otra investigación, más amplia, sobre el sentimiento de sí (componente del narcisismo), me re-encontré con un libro de Sylvie Le Poulichet: *El arte de vivir en peligro* (1996). Fue un reencuentro que tuvo

No es la construcción de una ideación delirante lo que escuchamos sino la creación en su carne de otro ser. Engendra efectivamente su cuerpo con nuevos bordes, como un cuerpo desconocido.

carácter de hallazgo y me permitió articular algunas cuestiones en torno al cuerpo y la constitución narcisista en el campo de las presentaciones clínicas que resisten con claridad su reducción a un tipo.

La psicoanalista francesa fue conocida en nuestro medio por su libro *Toxicomanías y psicoanálisis* (1990), en el que propuso hipótesis originales sobre un asunto refractario al psicoanálisis en ese momento. En esta oportunidad aborda también con originalidad otro problema, ubicando prácticas de creación de objetos desconocidos como procesos psíquicos que responden al peligro radical. Y lo realiza con la vocación de no someter su lectura a una cuadratura psicopatológica.

En primer lugar, hay un elemento que llamaría ético en su proyecto: considerar obras y trayectorias artísticas como

transmisoras de elementos referidos a la puesta en juego de procesos psíquicos “que la confrontación con la psicopatología nos impide abordar” (p. 9). La invocación a

un más allá de la psicopatología, entiendo, tiene el carácter de un abordaje no deficitario. En eso podría convertirse el entendimiento de los procesos de solución, de intento de curación a través de la creación, como frenos o detenciones, incluso regresiones en un desarrollo normal. En el abordaje de la autora hallamos, por el contrario, una puerta abierta para que el psicoanálisis no caiga en las seducciones de la normativización.

Le Poulichet (1996) encuentra en las trayectorias vitales de cuatro artistas la puesta en acto de un “arte del peligro”. Muestran el surgimiento de procesos psíquicos que son “procesos de engendramiento de cuerpos extraños, que no definen una ‘estructura psíquica’ sino procedimientos insólitos para cobrar cuerpo, o para componer superficies corporales del acontecer en la que se proyectan sucedáneos del ego” (p. 17). Y son procesos que surgen allí donde no parecía posible la investidura narcisista de la imagen del yo, debido al peligro. Un peligro de desborde o aniquilación del yo, un yo cuerpo en estado de desamparo, que ha padecido la ruptura traumática de la

superficie ilusoria que brinda la permanencia del yo y el objeto.

Hablamos de tiempos constitutivos que, sabemos, muestran sus efectos en la clínica. Le Poulichet encuentra limitada la tesis winicottiana que vincula la creatividad con la constitución de un espacio transicional asentado en el holding primario materno (cfr. p. 39). Esta no da cuenta de las creaciones desesperadas, hechas “sobre el filo de la navaja”, de trazos generadores de un reborde que intenta sostener un cuerpo que bascula a la autodestrucción. Los plantea como recursos sucedáneos del nombre del padre, pero que tienen que inscribirse una y otra vez. El arte del peligro es un recurso que necesita autoproducirse, ya que no logra articular una verdadera permanencia. Se trata de un “singular procedimiento de autoidentificación que prorroga el proceso de subjetivación” (p. 42). Es un proceso contra el peligro, pero también con el peligro. En ese borde delicado se mueve, objetando la idealización pacificante de la práctica creadora.

Procedimiento singular como la autocreación de Tiamat Dragon Lady, persona que fue bautizada como Richard,

que hizo carrera como banquero antes de comenzar un proceso de autotransformación en otra especie, ni hombre, ni mujer, dragón-serpiente-diosa mesopotámica. No es la construcción de una ideación delirante lo que escuchamos sino la creación en su carne de otro ser. Engendra efectivamente su cuerpo con nuevos bordes, como un cuerpo desconocido. Hormonas para el crecimiento de los pechos, implantación de cuernos en la cabeza, toda su piel tatuada con escamas, modificación de su lengua para que sea bífida y su dentadura como la de una serpiente, reducción de sus orejas, ablación de sus testículos, teñido de sus ojos. En notas periodísticas da testimonio del desamparo sufrido en la infancia, del rechazo materno y un abandono en el desierto del cual tomó el silbido de las serpientes que en el terror de la noche era su única compañía. Su nombre se transforma tanto como su imagen, y su carne. Hay algo desesperado en su transformación, algo que no cesa y que puede ser entendido con la tesis de Le Poulichet de la necesaria reproducción del procedimiento como recurso del y contra el peligro.

La existencia de Tiamat muestra con espectacularidad su elección singular, su transformación en un ser único. Pero muestra también que ese proceso de autopercepción no adquiere permanencia y está sujeto a la confrontación renovada con el peligro.

La propuesta de Le Poulichet puede resultar polémica en cuanto al lugar otorgado a la sublimación y el arte (cfr. Kuri, 2007) pero resulta interesante para explorar y dar lugar a las maneras en que algunos sujetos se auto-crean a través del hacer de su cuerpo y su identidad un objeto novedoso, sin que necesariamente impacten en la subjetividad como lo hace el estilo del artista. La escucha analítica tiene algo precioso para ofrecer: poder escuchar el desamparo y la fragilidad del yo, con sus dificultades para constituirse en función del peligro de destrucción. También, poder dar su valor de proceso psíquico al engendramiento de marcas que intentan dar forma a un cuerpo, amenazado por la no permanencia. “el analista no puede arriesgarse a dejarse engañar procurando distanciar el peligro, pues éste es ya el garante de una distancia” respecto a la desaparición del yo. Así, el análisis

puede ser un lugar posible de escritura de la historia “en la distancia establecida por un humor y una poesía propios del acto analítico” (p. 42). “(...) sería tal vez el único modo de domesticar lo infantil y acercarse a unas zonas quemadas por la pulsión de muerte que se alimenta silenciosamente de identificaciones con no lugares: identificación con los agujeros dejados en la trama de la historia, que siempre amenazan aspirar al sujeto a una forma de autodestrucción” (p. 43). Resuena la melancolía como fondo oscuro. Finalmente, Le Poulichet no vacila “Toda precipitación o prescripción serían aquí devastadoras” (p. 68).

Referencias

- Kuri, C. (2007). *Estética de lo pulsional*. Rosario: Homo Sapiens.
- Le Poulichet, S. (1996) *El arte de vivir en peligro*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Le Poulichet, S. (1990) *Toxicomanías y psicoanálisis*. Buenos Aires. Amorrortu.

*Psicoanalista. Licenciada en Psicología y
Magister en Psicoanálisis.*

*Doctoranda en Psicología. Prof. Titular Psicología Clínica y
Prof. Adjunta Filosofía del Hombre*

vanesabaur@gmail.com

Bodies and Antibodies



María Cecilia Antón

Expresiones comunes conducen por un derrotero de asociaciones con la palabra que se desprende de esta invitación, lema de este Dossier, “El cuerpo en psicoanálisis”. Antes de comenzar por un recorrido del

concepto en parte de la obra de Freud y Lacan diremos brevemente que, en época de pandemia, el cuerpo es protagonista. El nuestro, el cuerpo que gozamos desde dos vinculado al dolor y al exceso.

Cuerpo para mí, cuerpo para el otro. Cuerpo hablado por mí y por Otro. Cuerpo mío y del otro. Cuerpo para poner, sacar, vacunar y para tantas otras cosas. Sea como sea, el cuerpo, en esta oportunidad, es para ser pensado¹.

Cuerpo en la obra de Freud

El padre del psicoanálisis aborda el tema del tema del cuerpo en varias partes de su obra. Especialmente el concepto de pulsión toca al cuerpo de manera singular. Pulsión que no es estímulo, ya que su fuerza proviene de fuentes interiores al cuerpo que actúan de manera constante imposible de sustraerse de ella mediante la

¹ El cuerpo en la música constituye un interesante tópico en las letras de canciones. Recuerdo una melodía donde el cuerpo es pensado como propiedad, para consumir y alquilar por horas como Elsie, letra de la canción interpretada magistralmente por Lizza Minnelli. Citamos “I used to have a girlfriend known as Elsie with whom I shared for sordid rooms in Chelsea. She

wasn't what you'd call a blushing flower, as a matter of fact she rented by the hour... (LETRA de *Cabaret. Musical*). (Yo tenía una novia conocida como Elsie, con quien compartí una sórdida habitación en Chelsea. Ella no era lo que podría llamarse una ruborizada flor, de hecho, ella alquilaba por horas).

huida (tal como se podría escapar de un estímulo externo). La pulsión tiene fuente, objeto y meta. La fuente es un estado de excitación en lo corporal, la meta es la cancelación de esa excitación, y en el camino que va de la fuente a la meta, la pulsión logra eficacia psíquica (porque lo físico tiene que engarzarse con lo psíquico, necesariamente como modo de tramitación o procesamiento de dicho estímulo interno). Freud señala que a la pulsión “la representamos como cierto monto de energía que esfuerza en determinada dirección” (Freud, S. Pág. 89). También que hay pulsiones pasivas y activas, o metas activas o pasivas. La meta puede alcanzarse en el cuerpo propio, pero en general se interpone un objeto externo para el logro de la meta externa. La meta interna es la alteración del cuerpo sentida como satisfacción. Las pulsiones con fuente somática pueden acoplarse a la de otras y compartir su ulterior destino.

No hacemos más que eso, cuando solicitamos que el paciente ponga palabras a lo que padece, alejándolo del terreno corporal, pasando por lo psíquico, intentamos elaborar las causas del padecimiento.

Podemos señalar que las pulsiones siempre “tocan” al cuerpo o lo “involucran” de un modo u otro. Lo importante a subrayar es que pulsión y cuerpo

permanecen en una unión indisoluble y que, como analistas, escuchamos en los pacientes, ese vínculo tan particular e individual. Donde más se hace sentir es en la experiencia del dolor, y

allí podemos, mediante la escucha, atender a las motivaciones y comprender el sentido de los síntomas. Freud ya señalaba en otro texto que, “comprensión y curación andan muy cerca, que una vía transitable lleva de la una a la otra” (Freud, S. pág. 134). No hacemos más que eso, cuando solicitamos que el paciente ponga palabras a lo que padece, alejándolo del terreno corporal, pasando por lo psíquico, intentamos elaborar las causas del padecimiento. Ir del cuerpo a la palabra, de la palabra al cuerpo, para por fin consumir mediante el análisis lo mismo que con el progreso del trabajo científico. Freud señala que hay expectativas refrendadas, observaciones

varias, fragmentos que no concuerdan al comienzo, conjeturas, construcciones auxiliares que luego se retiran cuando no se corroboran y para eso hace falta mucha paciencia, aceptar todas las posibilidades, renunciar a los convencimientos prematuros porque sucede lo inesperado y al final, los hallazgos dispersos se compaginan y se consigue inteligir una pieza del acontecer anímico. Sin embargo, la ciencia no trabaja ciega sino como un artista que, con un bloque de arcilla, logra algo parecido al objeto representado o visto (*Conferencia 35. En torno a una cosmovisión. 1932-36*). Nosotros, como analistas, tampoco estamos tan en la oscuridad ante un paciente, contamos con un saber textual y referencial y con un motor transferencial que nos ubica en un lugar privilegiado. ¿Qué cuerpo en pandemia? ¿Qué cuerpo en DISPO? ¿Cuáles son los nuevos desafíos como analistas en este contexto? Estas preguntas nos guían por el derrotero de la fantasía y del tema que sigue.

Cuerpo y deseo sexual: el fantasma en Lacan

Cuerpo y deseo sexual tienen una relación compleja. *En El Seminario, Libro 14, La lógica del fantasma, clase 21 de*

junio de 1967, Lacan señala que el fantasma es una suerte de muleta, de cuerpo extraño, algo para el uso, que tiene una función de algo indeterminado, subvenir a una cierta carencia del deseo. El fantasma está para dar el paso de entrada, en la entrada del acto sexual. Lacan señala que el fantasma ornamenta la carencia del deseo en el campo del acto sexual para las neurosis.

Entonces podemos sintetizar que una de las funciones del fantasma es sostener el deseo a nivel del acto porque no siempre el deseo está a disposición, ni siquiera constituido, y si lo está, puede encontrarse en conflicto con otras instancias como señalaba Freud (puede encontrarse reprimido y/o reglado por los discursos imperantes).

Pero para llevar a cabo el acto sexual, se necesita un cuerpo y una posición, que siempre parece habitar otro lado en las neurosis (porque no existe la completud para nadie, además, el neurótico puede encontrarse lejos de la alcoba). El cuerpo del neurótico transita por lugares diversos, según su propia neurosis. Citamos a Lacan:

[...] Presten atención, todo lo que pasa de neurótico pasa esencialmente en el baño. Son muy importantes estas

concordancias de ambientes, del baño, del vestíbulo; para el hombre del placer del siglo XVIII todo pasaba en el tocador, cada uno tiene su lugar. Si quieren precisiones, la fobia pasa en el ropero, en el corredor, en la cocina, la histeria pasa en la recepción de los conventos de la moda, las neurosis obsesivas en los cagaderos; préstense atención a estas cosas muy importantes [...]

Más allá de la irónica e ilustrativa manera de Lacan para señalar ciertas fijaciones de cada forma de neurosis, o maneras pulsionales de poner el cuerpo de cada neurosis típica y pura, en la clínica nos encontramos con lo que podríamos denominar la “impureza” estructural. Si a ello agregamos el contexto pandémico podemos preguntarnos: ¿Qué cuerpo ahora? ¿Cuáles son nuestros goces corporales en sus versiones positivas o negativas en época de DISPO o de Quedate en casa? ¿Cómo ponemos el cuerpo? Las respuestas a estas preguntas nos colocan en otra posición. ¿Analizar? Siempre y cuando sea posible. Anticuerpos en el cuerpo. Alarmas en nuestro organismo. Dolores y señales en el cuerpo. Cuerpos.

Referencias

Freud, S. (1932/1976). Angustia y vida pulsional. 32 conferencia. En *Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis*. Tomo XXII. Pág. 89. Buenos Aires, Amorrortu editores.

Freud, S. (1932/1976). 34 conferencia. *Esclarecimientos, aplicaciones, orientaciones*. Tomo XXII. Pág. 34. Buenos Aires, Amorrortu editores.

Freud, S. (1932/1976). Conferencia 35. *En torno a una cosmovisión*. Tomo XXII. Buenos Aires, Amorrortu editores.

Lacan, J. (1967). *El seminario La lógica del fantasma*. Libro 14, clase 21 de junio de 1967. Inédito.

*Psicoanalista. Licenciada en Psicología y
Magister en Psicoanálisis.*

mariaceciliaanton@gmail.com

¿Qué cuerpo?



Samanta Stenta

El cuerpo es una noción compleja para el psicoanálisis. No solo porque se la piensa como una construcción única e irrepetible, sino porque entra en conflicto con la idea tradicional del cuerpo visto desde la

Resultan llamativos los modos que los sujetos se inventan para arreglárselas con la falta. El eslogan de la felicidad arroja a los cuerpos a un cinismo generalizado donde el goce reina como amo.

biología. Los discursos aparentemente apolíticos de las neurociencias han ganado mucho terreno en la actualidad, e insisten en definir al cuerpo como un conjunto de células. El reduccionismo ya preconcebido desde la época Freudiana, parecía verse superado al atribuirle desde el psicoanálisis una subjetividad única a los individuos.

En la misma línea nos proponemos plantearnos los modos en los que escenario actual cultural arroja sus influencias en la constitución de los cuerpos y en las presentaciones sintomáticas.

Lo actual

Podríamos decir que hoy en día existe una gran dificultad para poner el cuerpo en ciertas escenas. Escuchamos en

nuestros consultorios modos de goce masivos, tendencias de consumo, modos de padecimiento que hace que los sujetos se identifiquen en determinadas sintomatologías.

“Club de fobias”, “-introduzca aquí su objeto de adicción-anónimos”, “Jugadores compulsivos”, “Trastornos alimenticios”. Aunque haya infinidad de modos de agrupar los diferentes síntomas, como analistas sabemos que siempre hay algo de lo subjetivo a descubrir. Podríamos decir que estos borramientos de la diferencia es una de las características de la época. Cuando el ideal de igualdad acrecienta, vemos menos posibilidad del sujeto de mostrarse diferente.

¿De qué época hablamos?

La actualidad neoliberal tiene como artilugios de difusión la comunicación masiva y el marketing para imponer sus ideales de consumo. Ya Lacan consideraba a la lógica capitalista como el rechazo de todos los campos de lo simbólico de la castración y del amor. Aldrey Huxley en su libro *Un mundo feliz* (Huxley, 1980) describe una anti utopía donde los sujetos asumen felizmente a sus represores, quienes condicionan con imposiciones intangibles modos de vivir, de gozar, de amar, de trabajar, etc. Aunque fue escrito hace dos siglos, la actualidad del

libro nos hace pensar en la subjetividad disciplinada que nos resuena en la época actual. Todo aquello que no se encuentre dentro de las “normalidades” deberá ser definido, controlado, medicado y disciplinado. De la mano de estas lecturas encontramos las tan difundidas neurociencias que incorporan la idea del padecimiento psíquico como un “desbalance neuronal”. Las dificultades en el aprendizaje son trastornos del desarrollo, y los chicos inquietos tienen déficits de atención. Todos modos de formular al cuerpo-maquina, camino fecundo para la neurociencia, con su proceso de deshumanización.

Néstor Braunstein en *Clasificar en psiquiatría* (Braunstein, 2013) plantea al concepto de medicalización como una modalidad discursiva en constante expansión, por el cual diferentes, cuando no todos, los aspectos de la vida humana son vistos y tratados en términos de “saber médico”, supuestamente científico, avalado por cifras y estadísticas que muestran a las claras donde está el bien y donde está el mal.

Todo este proceso puede concebirse como una progresiva objetivación del discurso que ha hecho que en él la verdad

del sujeto tienda a perderse cada vez más. En su relación con el lenguaje objetivado, el sujeto pierde el acceso a la palabra, su único medio para hallar y enunciar su verdad, debiendo, entonces, el cuerpo hablar por él.

En efecto, aprendemos tempranamente que el cuerpo que obtenemos del proceso de subjetivación psíquica, dista de ser el cuerpo del principio del placer que dicta la ley hedonista, es decir, no es el cuerpo que persigue su propio bien. La conformación del cuerpo es justamente la que nos marca la presencia de una ley, estableciendo lo prohibido, y conformando lo posible. Freud en "Moisés y la religión monoteísta" (1938) argumenta que el padre es un artificio, una creación, una abstracción, un "progreso de la espiritualidad" en tanto su función estriba en la instauración de la ley que regula el acceso a lo permitido y lo infranqueable de lo prohibido. Podríamos decir entonces que es gracias al significante Nombre del padre, con su prohibición y su función aglutinante que se puede recuperar algo del deseo.

En la actualidad, vemos como esta ausencia de la dimensión de falta arroja a los sujetos a escenarios de goce

sin límite: como expresa Silvia Ons en su libro *Amor, locura y violencia en el siglo XXI* (2016) hay que experimentar nuevos placeres, vivir intensamente, obtener placer de todas las vivencias, ivivir al máximo! Todos modos de dar cuenta del superyó epocal como imperativo de goce.

Ya lo que Lacan llama síntoma social podemos verlo como la ruptura del lazo social, como parte de la lógica del mercado, donde las relaciones y los cuerpos cobran valor de cambio, y si resultan obsoletas para esta lógica de mercado, se desechan.

Resultan llamativos los modos que los sujetos se inventan para arreglárselas con la falta. El eslogan de la felicidad arroja a los cuerpos a un cinismo generalizado donde el goce reina como amo. Frente a esto hallamos una infinidad de discursos dando respuestas del quehacer con los síntomas, y nos preguntamos: ¿Qué lugar para la subjetividad?

Referencias

Braunstein, N. (2013). *Clasificar en psiquiatría*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Huxley, A. (1980). *Un mundo feliz*. Buenos Aires: Contemporánea.

Ons, S. (2016). *Amor, locura y violencia en el siglo XXI*. Paidós: Buenos Aires.

*Licenciada en Psicología. Maestranda en Psicoanálisis.
Universidad Nacional de Mar del Plata.*

stentasamanta@gmail.com

Pathos, cuerpo y vacío



Eduardo Sullivan

La constitución subjetiva se encuentra con la muerte desde su inicio, a partir de la entrada de lo simbólico que aparta un primer goce animal. Esa marca que se clava en el

(...) lo arcaico queda unido a lo real por medio de la intromisión de la negatividad, en el acto por el cual el lenguaje ingresa al cuerpo.

cuerpo instala la pasión por el significante.

Este término pasión, nos remite a la fe cristiana cuando pensamos en aquello que fue el calvario del Elegido para dar continuidad al proyecto paterno. Ese *Pathos*, ese padecimiento, también indica la relación que se establece entre el armado de un cuerpo y la gracia del significante. La marca entonces, nos constituye padecientes, es decir en falta. Aquellos que trabajamos con niños pequeños podemos ver, en ocasiones la “des-gracia” que confiere la ausencia o el debilitamiento de esta función esencial que concede la marca del significante. La falicización tan bien descrita por Lacan, no es otra que tomar por centro la incorporación de un vacío. La imposibilidad del armado de un todo. Por ello, a mi parecer esto deja por fuera el cuestionamiento de algunas posturas de género sobre la primacía fálica freudiana, ya que el falo no es el órgano.

En el *Seminario 20 Aun*, creo que esta postulación puede leerse claramente cuando además le otorga un estatuto de función y lo ubica en relación a la marca

castrativa y por ende a una condición de existencia. Para ser un existente, esta marca será de carácter necesario. La marca castrativa indica la imposibilidad de un goce todo entre el niño y la madre, indicando asimismo, la relación posible del conjunto de todos los que quedan bajo esa égida. Estas condiciones lógicas de la estructura del hablante permiten además el funcionamiento de la cadena debido a esa mortificación que relega ese primer goce.

En el marco del narcisismo entre padres e hijos, aparece en ocasiones en nuestra clínica el rechazo, indicando la ausencia de respuesta al restablecimiento narcisista esperado por los adultos. Estos dichos mortíferos requieren una ardua tarea para que pierdan consistencia e ingresen el malentendido, cuando es posible. La indiferencia ética desde las parentalidades, como pasión del ser, produce efectos devastadores sobre las operaciones de constitución del narcisismo, imagen del cuerpo, Yo ideal e Ideal del yo. El resultado son continuos pasajes al acto. Recuerdo una joven consultante que sufre de incesantes dolores estomacales. No soporta que pase un bocado. A los pocos encuentros afirma que de la boca

de su madre no sale nada, sólo una tenaz indiferencia a sus reclamos. Una continua regurgitación de rencores entrelaza esta relación madre hija, dominada por el estrago y los incesantes vaivenes de indiferencia y manipulación materna. Esta joven que se desangra en lágrimas cada vez que se dispone a hablar en la consulta, comienza a bordear algunas aristas de su *Pathos*, cuando interroga su lugar fálico para la madre, comenzando a vislumbrar una incipiente mejoría en su estado de ánimo.

La relación de dependencia del infante humano, originaria para Freud y para Lacan, es un lugar esencial respecto del atrapamiento inevitable en el Otro quedando unido como instancia primera respecto a la satisfacción de la necesidad. Entendemos que en esta experiencia fundante que implica la presencia de otro auxiliar en el lugar del Otro primordial, fuerza la apariencia de un signo otorgándole sentido. Si no existe una demanda inicial en el Otro, que busque su encuentro con aquello de la necesidad del *infans*, no quedará enlazado en los términos esperados esa relación entre el lenguaje y el cuerpo, reducido así a un

soma al que se le prodiga sólo alimentos para su supervivencia física.

De este acontecimiento podemos deducir que lo arcaico queda unido a lo real por medio de la intromisión de la negatividad, en el acto por el cual el lenguaje ingresa al cuerpo. Lo arcaico, anterior a la expulsión (*Ausstoussung*) no deja huella más que a través del gesto o los ruidos, constituyendo lo forcluído del lenguaje antes del sentido, indicando la materialidad de las primeras marcas.

El rasgo unario es la capacidad que tiene el significante de escribir la diferencia absoluta que parte del cero y por ello queda por fuera de la cadena. Es un signo que indica que hubo asentimiento del Otro; el Otro marca, y de ello deviene un exceso de goce de la madre que tiene que ser rehusado. Esa separación del cuerpo del Otro tiene como producto un vaciamiento.

Primero existe una incorporación del vacío y sobre él el rasgo unario. Es necesario operar con ese vaciamiento del Otro para que se logre la chance de escribir de otra manera.

En correspondencia con el narcisismo primario, donde se produce la fijación de la pulsión y la constitución del cuerpo real tiene que haber como resultado un agujero operando.

La clínica de niños nos enseña sobre estas circunstancias particulares cuando precisamente la falta no está a cuenta del Otro o en los casos más graves, no hay siquiera alienación a su campo es decir ese necesario atrapamiento del niño como objeto. Este masoquismo constitutivo configura la contingencia de recibir la marca que viniendo del Otro permita el alojamiento en la función y el campo de la palabra. Ubicamos aquí el goce de la vida, aquello que, en el borde del organismo, ofrece la posibilidad de constituir un cuerpo. Resta que implica la pérdida de un goce animal por medio de la captura significativa de la necesidad.

Referencias

Sullivan, E. (2020). *El duelo del Otro (...o peor)*. Buenos Aires. Letra Viva.

Doctor en Psicología y Magister en Psicoanálisis.

*Docente de grado y post Grado. Director de la Maestría
en Psicoanálisis. Investigador. UNMDP*

sullivan@mdp.edu.ar

El cuerpo en lo simbólico



Hilda Guida

El cuerpo fue y es abordado desde distintas perspectivas:
 Así como en la Edad Media fue considerado como lugar del pecado y la tentación, fue elegido como centro del goce estético y la belleza en

La inmersión en la cultura que el lenguaje implica, hace mutar el mítico instinto en pulsión, el organismo en cuerpo.

el Renacimiento. Para la medicina y las tecnociencias es casi una máquina pasible de modificar, intervenir y trasplantar. Para la reflexión filosófica y las ciencias jurídicas, coincide el cuerpo con la identidad de la persona.

Podemos desde el psicoanálisis coincidir parcialmente con esta afirmación, si bien sabemos que el cuerpo para el psicoanálisis no es el sustrato material orgánico, sino el producto de complejas operaciones en las cuales las identificaciones ejercen su marca estructurante, y el yo (*moi*) se identifica con la imagen corporal.

Este complejo proceso se inicia con el nacimiento, momento en el que el recién nacido está lejos de percibirse como unificado, y ha de atravesar diversas vicisitudes que lo llevarán a la percepción ilusoria según la cual el cuerpo es una síntesis, una unidad producto de las identificaciones. El momento príncipes de esta travesía es el estadio del espejo, en el que se identifica con su propia

imagen, desmintiendo la fragmentación vivenciada.

Para Freud la instancia yoica se constituye a través de una suma de identificaciones, y su función justamente es la síntesis, la integración.

Para Lacan, es un sistema central de identificaciones que hay que comprender en su estructura imaginaria y en su valor libidinal.

Ahora bien, ¿cómo se constituye a partir del organismo viviente ese cuerpo vivido como propio con el que el sujeto se identifica? El organismo se pierde, al perderse el carácter natural del cuerpo biológico. La intromisión simbólica del lenguaje divide al sujeto, y en esta división que lo humaniza, el instinto, en tanto natural, cae. La inmersión en la cultura que el lenguaje implica, hace mutar el mítico instinto en pulsión, el organismo en cuerpo.

La lengua materna invade al infante, y no hay manera de poner barreras al goce y al deseo maternos, que dejan su impronta en el inconciente. Esta lengua materna, a veces frases o sonidos sin sentido, sin significado en el diccionario, constituye la envoltura sonora que

juntamente con los cuidados cuerpo a cuerpo, las caricias, los gestos que libidinizan el cuerpo del bebé, producen las marcas que instituyen la pulsión donde al comienzo sólo hubo necesidad. Desde esta prehistoria de lo que devendrá un sujeto, la palabra y el goce estarán inseparablemente unidos, marcando derroteros en el cuerpo con un recorrido propio de cada uno.

Cada órgano del cuerpo tiene la capacidad de erogeneización, y en la contingencia de los cuidados y palabras maternas cobrarán su valor libidinal.

La constitución de un cuerpo es concomitante con la constitución subjetiva. Este entramado de palabra y goce en lo real estructura el inconciente como un lenguaje, en el que el significante es necesario, pero no suficiente. También hace falta el goce.

Mucho antes de que la palabra valga en tanto herramienta de comunicación, el bebé goza con el laleo, en el que dispone de todos los fonemas, sin sentido, pero portadores de placer en tanto ejercitan el aparato fonador. A medida que progresa su incorporación a la cultura buena parte de esos fonemas se pierden para

privilegiar los que corresponden solamente a la lengua materna. Por eso es difícil aprender la fonética de otras lenguas, cuyos fonemas fueron desterrados para aprender la propia lengua.

Esta suma de simbólico y real del lenguaje incorporado como la lengua en el inconciente, constituye el bagaje que desde el allí comanda la expresión hablada del sujeto. No desde la corrección semántica o sintáctica, sino desentendida de las reglas gramaticales y la corrección idiomática, que emerge por ejemplo en el lapsus, como forma principal de burlar la intencionalidad discursiva propia del piso inferior del grafo del deseo.

La lengua es el neologismo que inventa Lacan para evadir los límites impuestos para la corrección del lenguaje. Lo escribe sin separación entre artículo y sustantivo, para indicar la continuidad del habla y diferenciarlo del significante en tanto elemento discreto de lo simbólico.

Dice en *El Seminario 20 Aún* (1975/2011) “El saber yace en la guarida de la lengua”.

Por supuesto se refiere al saber del inconciente. No se trata de ningún saber que se encuentre en los libros, nada que se enseñe, nada que se aprenda.

Ésta es una frase fuerte que me gusta recortar; yace implica que está tendido, pasivo. Pienso en la inermidad del recién nacido que yace a merced del Otro. Pero el saber yace en la guarida, que remite a cueva donde reposa lo salvaje, lo indomesticado. La lengua es producto de esa invasión de goce y de palabra materna y comanda desde el inconciente la irrupción de aquella parte que no es posible decir ni escribir y está fuera de los límites de la lingüística. Desborda lo que puede ser contenido, ordenado, estudiado del lenguaje en sus aspectos sintáctico y gramaticalmente correctos.

Sus efectos van más allá de lo que el ser hablante es capaz de enunciar, y se presentan en el cuerpo como síntoma conversivo (con el goce que síntoma implica) y también fuera del síntoma, en el goce particular de cada quien.

En *Radiofonía* (2001/2012), Lacan aísla el cuerpo en “sentido ingenuo”, del que dice que su ser desconoce que es el lenguaje el que lo constituye. Dice: “el primer cuerpo

hace que el segundo ahí se incorpore”. O sea, el cuerpo de lo simbólico, el lenguaje, hace que el segundo cuerpo, cuerpo en sentido ingenuo, ahí se incorpore. De este modo el significante de la carne hace cuerpo. Por eso el peso de las palabras permanecerá para toda la vida enlazado con la erotización del cuerpo.

Si bien el cuerpo en psicoanálisis tiene una fuerte pregnancia imaginaria, el efecto de los otros registros permite su estructuración. Por eso me interesó recorrer someramente el efecto de lo simbólico en la constitución de la noción de cuerpo.

Referencias

Freud, S. (1992). El Yo y el Ello. En *J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). Sigmund Freud Obras completas. (Volumen 19). Buenos Aires: Amorrortu Editores.* (Trabajo original publicado en 1923).

Lacan, J. (2009). El estadio del espejo como formador de la función del yo. En *Escritos 1. (3ª ed. rev.). (Segovia, T.*

Trad.). Buenos Aires: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1949).

Lacan, J. (2011). *El Seminario de Jacques Lacan Libro 20. Aun.* (1ª ed. 12ª reimp.). (Rabinovich, D. Delmont-Mauri, J. Trad.). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1975).

Lacan, J. (2012). Radiofonía. En *Otros escritos. (Esperanza, G. Trad.). Buenos Aires: Paidós.* (Trabajo original publicado en 2001).

Psicoanalista. Licenciada en Psicología

Miembro de Convocatoria al Psicoanálisis Institución

Psicoanalítica de Mar del Plata

hildasguida@yahoo.com.ar

Los tres cuerpos



Horacio Gabriel Martínez

Los seres humanos tenemos nuestra existencia repartida en tres dimensiones: Real, Simbólico, Imaginario. Un poco a la manera del dios cristiano, que es uno, pero son tres. O a la manera del nudo borromeo.

De allí la conclusión lógica: no hay relación sexual, no hay capacidad, por parte de ese registro de la contabilidad, de subsumir la dimensión del goce al Saber estadístico del cuerpo.

Lo mismo ocurre con cada uno de los elementos que nos componen. Así, diremos que cuerpo no hay uno, sino tres. El cuerpo imaginario, acerca del que Freud recolectó sus notas principales: dotado de unidad a través de una imagen cautivadora y resplandeciente, esa imagen es la proyección de la superficie corporal tal como ésta es captada por los ojos como reflejo en el espejo. Imagen corporal, imagen inconsciente del cuerpo, son otros tantos nombres que adquirió a lo largo de los años. Es el único “cuerpo” que crea sensaciones ligadas a la unidad, a la identidad, identidad yoica, cuerpo “propio”, y que por tanto resulta amenazada por diversas percepciones de despersonalización, que provienen de los otros dos registros en juego.

Así, el cuerpo simbólico, “en lo simbólico”, o mejor aún: “de lo simbólico”, es el cuerpo medible, ponderable, que sólo cobra existencia en términos de la lógica “más/menos”, cuya

alternancia es la regla del registro simbólico. Peso, altura, masa corporal, nivel de triglicéridos, por sólo citar unos pocos dentro de los miles y miles de registros que la ciencia toma del cuerpo a fin de construir, a partir de ellos, un “Saber” que, paradójicamente, aplicará luego sobre esos mismos cuerpos.

Primera amenaza, entonces, para el Yo-cuerpo imaginario, que siempre se verá no dando la nota, con más kilos, menos centímetros o más índices que pronostican su decadencia y finitud. Finalmente, todo discurso “del Saber” se sostiene de un significante Amo que opera como su verdad, tal como lo especifica la fórmula del discurso Universitario. De ese modo, el saber estadístico, que reduce la dispersión de lo real y del azar a una cantidad finita de variables controlables, consigue sin embargo imponer su creencia haciéndola valer como verdad.

Finalmente (last, but not less), el cuerpo real, que no es tanto el cuerpo “existente”, sino aquél capaz de producir señales de presencia real. Estas señales, también estudiadas tempranamente por Freud, se concentran en dos grandes polos: el dolor y el placer. Ambas de índole traumático,

en tanto, nuevamente, amenazan la unidad del Yo-cuerpo imaginario, retrotrayéndolo a ese carácter de partes-extra-partes propio del desorden de las zonas erógenas autoeróticamente orientadas.

Las llamamos “señales” y no “signos”, porque los signos están dirigidos, o bien son “leídos”, por “alguien”, es decir, por una unidad, un yo supuesto. Mientras que una señal es emergencia de lo real, y, en ese sentido, adquiere ese carácter de “lo que no engaña”, nombre con el que Lacan especificó al fenómeno de la angustia. El signo “unifica”, mientras que la señal “divide” o, mejor aún, estalla.

A su vez, Lacan reunió bajo el nombre genérico de “goce” el campo de los fenómenos corporales reales que van del dolor al placer. Afirmará entonces que el goce “está prohibido a quien habla en tanto que tal”, es decir, en tanto que sujeto hablante, entidad que habita lo Simbólico, registro en el que lo Real se delimita como “imposible”. No es que deje de haber goce: es que el goce no logra ser asimilado en el registro simbólico de los más y los menos, de las cuentas y las estadísticas. De allí la

conclusión lógica: no hay relación sexual, no hay capacidad, por parte de ese registro de la contabilidad, de subsumir la dimensión del goce al Saber estadístico del cuerpo.

Veamos, por último, lo que ocurre con el síntoma histérico: amenazada la unidad del cuerpo imaginario, la o él histérico, toma una parte de ese cuerpo imaginario y recrea, a partir de él, la unidad amenazada. De esta forma se entiende que el síntoma sea la totalidad del cuerpo, que ocupe todo el lugar del cuerpo imaginario, como ocurre con el poeta con dolor de muelas: su ser imaginario se concentra en el hoyo de su molar.

Pero un síntoma histérico no es un dolor de muelas: cuando el histérico lleva su cuerpo sufriente al médico, este intenta hacer entrar ese dolor en la lógica del más y del menos del Saber médico. Pero el cuerpo imaginario, vuelto a rearmarse en torno a la fortaleza de su síntoma, no se deja “dividir” por lo simbólico. El veredicto del médico llegará, tarde o temprano: “Usted no tiene nada real”. Vemos que allí, en esa afirmación, el médico se confunde: por no poder reconocer la índole imaginaria

del padecimiento histérico, rechaza la posibilidad de que este padecer no haya sido causado por algo real que amenazó la unidad del cuerpo histérico. Y este fue el primer descubrimiento de Freud: en el origen de todo síntoma histérico hay un trauma, es decir, la irrupción de lo real, bajo la forma del goce, que vino a amenazar la identidad del cuerpo imaginario, y no pudo ser asimilado por el registro simbólico.

Teniendo como marco conceptual los tres registros, vemos que no es posible pensar que el horizonte de la cura del histérico sea el de que pueda reabsorber el impacto de lo sexual a partir de un trabajo simbólico-asociativo que, como diría Freud, logre re-ligar la energía despertada por el trauma. El sujeto no se cura sabiendo más acerca del goce.

No: la cura busca “movilizar las defensas”, lo que equivale a decir que busca advertir al Yo de los modos tradicionales con los que responde ante el goce, tentándolo para que le dé a ese goce un destino diferente que el de lo reprimido. Eso será posible sólo si el Yo tolera perder consistencia, y

perderse él mismo ante las fugaces experiencias de goce a las que pueda arrastrarlo el cuerpo real.

Psicoanalista. Magister en Psicoanálisis

Doctorando en Psicología. Prof. Desarrollos del Psicoanálisis y Modelos en Psicopatología.

Investigador. UNMDP

horaciogabrielmartinez@gmail.com

Psicoanálisis y Cuerpo



María José Francia

“La lengua nos afecta primero por todos los efectos que encierra y que son afectos. Si se puede decir que el Inconsciente está estructurado como un lenguaje es por el hecho mismo de que los efectos de la lengua, ya allí como saber, van mucho más allá de todo lo que el ser que habla es capaz de enunciar”.

(Lacan, 1973, p. 167/168)

“El Otro, finalmente, por si no lo han adivinado, es el cuerpo”.

(Lacan, 1967. Clase 10/05/67)

Luego de leer el texto póstumo de Roberto Harari *Qué dice del cuerpo nuestro psicoanálisis* me resultó interesante rescatar de las muchas cuestiones que plantea, una línea en particular: qué hace singular al Psicoanálisis respecto a lo que define como enfermedad (mental!), sobre todo a diferencia de la Psiquiatría, en el abordaje de dicho concepto.

Harari nos llama la atención sobre lo que Lacan dice *en El Seminario 19*, en el cual plantea que la enfermedad del cuerpo se presentaría de no observarse las normas higiénicas “correspondientes”, pero haciendo la salvedad que a la enfermedad “(...) no la arreglamos con la higiene y que es algo enlazado al cuerpo (...)” (Lacan, 1972, p. 219). Harari se pregunta con qué tenemos que ver los psicoanalistas, con la higiene o con la enfermedad, enfatizando que ambos términos nos vienen dados del discurso médico.

Siguiendo en esa dirección, también nos advierte que se suponía que el médico conocía la enfermedad en el sentido del conocimiento, presumiendo que la enfermedad mental exista como entidad nosológica ...

¿pero eso nos habla del sujeto que hace soporte de ella? Es allí donde el psicoanalista puede "... tomar el relevo..." o sea nos indica que somos los psicoanalistas quienes sabemos de ella, advirtiéndonos acerca de la palabra mental que muchas veces se le agrega al término enfermedad, lo cual hace suponer que exista como tal dicha acepción y también que al adjuntar el adjetivo mental no hacemos más que incorporar una rama más a la medicina.

Lo que entonces va a postular es que por un lado la mentalidad es quien tiene fallas y por otro la sobre determinación del síntoma. Cuestión que hace a la complejidad de significación que porta el decir de un paciente, como para englobar su padecer en una cerrada entidad nosológica, significación cuyo soporte es el cuerpo.

Es aquí donde el Psicoanálisis hace la diferencia, ya que el discurso médico puede diagnosticar y atribuirse el conocimiento de la enfermedad, pero si se deja de lado el discurso del paciente, ¿estamos hablando del cuerpo en la complejidad discursiva que lo define? A partir del

descubrimiento freudiano del Inconciente y luego, con el agregado de Lacan respecto a que éste está estructurado como un lenguaje, ya nada es lo mismo al abordar el padecimiento humano.

A partir del concepto de Pulsión, ya no podemos pensar en el cuerpo como el soma, sino más bien como lo expresa Silvia Amigo (2003), "(...) las nupcias del soma con el lenguaje (...)", concepto límite entre lo psíquico y lo somático por el que podemos decir que el inconciente está organizado como trazas de lenguaje producto de la interrelación entre el estado de indefensión del bebé y el otro auxiliador, la pulsión como bisagra entre el pensamiento o sea la demanda del Otro y el cuerpo del sujeto. Para que se transforme ese soma con el que nacemos en un cuerpo debe incorporar el lenguaje que lo rodea (ya que puede rodearnos el lenguaje y no ser incorporado) y que devenga simbólico. ¿Y cómo sucede esto? Bueno, la madre (aquella persona que ejerza la función) es quién debe convocar al niño como aquello que le falta, y así que se instaure la pulsión pulsionando al soma y transformándolo en cuerpo.

Ahora, si bien que nos rodee el lenguaje no implica que se incorpore, en el mejor de los casos que esto se produzca, tendremos también las particularidades en el cómo se hizo, como los agujeros que el soma trae se transforman en agujeros eróticos fuentes de la Pulsión. La pérdida de goce implicada en estas nupcias, es lo que fuerza continuamente a la Pulsión a buscar el goce perdido. Así se instala la operatoria pulsional que Lacan llama identificación a lo real del otro real.

La madre da el pecho ya significando un goce, proponiendo la palabra al hablarle al bebé, aunque este no “entienda”, apostando a que allí habrá un sujeto, siempre que esta madre pueda donar su falta, activando el córtex del niño para permitir la red de inscripciones psíquicas. Luego de estas derivas pulsionales, debe ocurrir una nueva operación para que ese niño perciba como uno a su cuerpo pulsional: un cuerpo narcisista a partir de la

función de espejo plano para la que nuevamente debe prestarse la madre, produciéndose así la segunda identificación: identificación a lo simbólico del Otro real. Por lo tanto, lejos estamos de nacer con un cuerpo, y transitar esa constitución va a tener momentos particulares que van a dejar marcas en el sujeto por venir.

Permanentemente estamos trabajando e interviniendo a través de la red significativa sobre el cuerpo, sus inscripciones psíquicas y sus modalidades de goce entre otras tantas cosas. Vemos como los efectos de nuestras intervenciones resignifican fijaciones, la imagen de los cuerpos que llegaron sufriendo síntomas que hoy nos permiten lecturas diferentes.

Paciente de 18 años que llega a consulta pesando 36 kilos dice: “El martes fue un día horrible, me miré al espejo y no pude soportar mi imagen. No quería comer, mamá se puso mal. Me dijo: ¿Sabés lo que es para una madre tener una hija así? Parecés un cadáver caminando por la casa. Ella ya no aguanta más verme flaca. Ella estaba muda, enojada conmigo. Yo comí sin hacer ningún escándalo. Me dio a entender que yo la había hecho mierda.

Necesito verte con otras actitudes, que empieces a mejorar me dijo. Yo le respondí voy a hacer una torta y ahí se tranquilizó. Cuando ella está tranquila yo me siento mejor...”.

Para hacerle falta al Otro, el sujeto fantasea con su propia muerte, pero ¿qué lo hace ir hacia su propia desaparición para movilizar el deseo del Otro? La apuesta necesaria es vía transferencia en el acto analítico de la construcción, poniendo a disposición del paciente la falta, usando la palabra de modo que gire entre imaginario y real. “(...) En muchísimos tramos transferenciales se comprueba la pertinencia de aquello que Lacan llamó discurso sin palabras, allí donde el analista se presta en la transferencia a la constitución de tramos escriturales faltantes (...)” (Amigo, 1999, p. 143)

Permanentemente estamos trabajando e interviniendo a través de la red significativa sobre el cuerpo, sus inscripciones psíquicas y sus modalidades de goce entre otras tantas cosas. Vemos como los efectos de nuestras intervenciones resignifican fijaciones, la imagen de los cuerpos que llegaron sufriendo síntomas que hoy nos

permiten lecturas diferentes. Una paciente con sobrepeso mórbido, luego de un largo año de análisis dice: “... Me di cuenta que no soy gorda, estoy gorda...”

Creo que la apuesta continúa siendo, como en tiempos de Freud, escuchar más allá de la urgencia de un diagnóstico que cierra. Apelando a maniobras clínicas entre los tres registros según la pertinencia del caso individual. Siguiendo a Lacan cuando nos invita a recordar que la estructura tiene real, simbólico e imaginario y que en el acto analítico, lo que se intenta es volver a poner a disposición del sujeto la falta, entrando por cualquiera de las tres cuerdas, según la necesidad que requiera cada sujeto que escuchamos en transferencia.

Referencias

- Amigo, S. (1999). *Clínica de los Fracayos del Fantasma*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Amigo, S. (2009). *Paradojas clínicas de la vida y la muerte: ensayos sobre el concepto de originario en*

psicoanálisis. Rosario: Homo Sapiens (Trabajo original publicado en 2003).

Cruglak, C. (2017). *Clínica de la identificación*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.

Harari, R. (2012). *¿Qué dice del cuerpo nuestro psicoanálisis?* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Mayéutica.

Paola, D. (2000). *Lo Incorpóreo*. Buenos Aires: Homo Sapiens.

Lacan, J. (2014). *El Seminario ... O peor. Libro 19*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 2012).

Sullivan, E. (2020). *El duelo del Otro (... O Peor)*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Letra Viva.

Psicoanalista. Miembro de Convocatoria al Psicoanálisis. Institución Psicoanalítica de Mar del Plata.

Docente e Investigadora, UNMDP.

mjf1802@yahoo.com.ar

El cuerpo ¿incorporal?



Laura B. Iglesias

El recorrido que realizamos en el Grupo de investigación Psicopatología y Clínica nos condujo, como cita obligada, al encuentro con el texto *Radiofonía*². Es allí, dentro de la respuesta a la segunda

² Este escrito, arduo y extenso, reproduce las respuestas elaboradas por Lacan a siete preguntas que el periodista Robert Geogin le formulara, a modo de entrevista para la radio belga, en junio de 1970.

pregunta³, donde Lacan (2012) refiere al cuerpo, afirmando:

Vuelvo en primer lugar al cuerpo de lo simbólico, que hay que entender por fuera de toda metáfora. Prueba de ello es que nada sino él aísla el cuerpo a tomar en sentido ingenuo (...). El primer cuerpo hace al segundo, al incorporarse en él. De donde lo incorporal, que sigue marcando al primero, desde el tiempo posterior a su incorporación. Hagamos justicia a los estoicos por haber sabido de este término, el incorporal, firmar en qué lo simbólico sujeta al cuerpo. (p. 431)

En un desvío singular de nuestra senda investigativa, este escrito intentará una aproximación inicial para

³ Geogin pregunta a Lacan si a partir de la noción de estructura, que comparten Psicoanálisis, Lingüística y Etnología, podría pensarse un campo común entre estas disciplinas.

comprender la relación que plantea aquí Lacan entre cuerpo y este incorporal. ¿Mérito del estoicismo?

No es sencillo ni breve adentrarse en toda una escuela de pensamiento pero, siguiendo a Émile Bréhier (2011) aprendemos en principio, que el estoicismo antiguo sostiene una ontología netamente corporalista⁴. Sin embargo, asimismo, otorga un papel fundamental a ciertas realidades que no son cuerpos. Todos los cuerpos son causa, unos para otros, de efectos. Estos efectos no son propiedades y cualidades físicas, sino atributos lógicos o dialécticos. Tampoco son cosas o estados de cosas, sino acontecimientos. Estos efectos no constituyen cuerpos sino incorporales (o incorpóreos) y los principales son, a saber: lugar, vacío, tiempo y *lektá* o *lektón* (lo expresable, lo decible)⁵. “Los incorporales, aunque insustanciales, no es que sean nada. Si bien no son

⁴ Plantean que solo los cuerpos existen. Los incorporales se dirá que subsisten.

Contrario a la idea, bastante difundida, de suponer que el cuerpo biológico es lo real, donde se confunde el registro real con lo “existente”, se hace imperioso recuperar esta referencia estoica para fundamentar en psicoanálisis el estatuto del cuerpo.

cuerpos interactúan con los cuerpos y así se distinguen de los meros objetos de pensamiento o ilusiones del lenguaje”. (Eidelsztein, 2012, p. 1)

Para los estoicos, lo que es dicho del ser es un resultado de la acción de los seres que designa una forma de ser, un atributo, que siempre es expresado por un verbo. Esta manera de ser se encuentra de alguna forma en el límite, en la superficie del ser y no cambia su naturaleza. Según plantea Gabriela Fabi (s.f.) “Es el carácter singular del hecho el que los estoicos iluminaban diciendo que era incorporal”. El hecho incorporal está, de alguna manera, en el límite de la acción de los cuerpos, haciendo de intersección donde los cuerpos se mezclan y se inter penetran en su intimidad, formando una extensión común. Un ejemplo ilustrativo de esta fusión que afirma el estoicismo, sería cuando el fuego calienta el hierro al rojo:

⁵ Aunque en las fuentes, según Lozano (s.f.), a veces se nombran otros incorporales como las superficies y los límites.

no hay que decir que el fuego ha dado al hierro una nueva cualidad, sino que el fuego ha penetrado en el hierro para coexistir con él en todas sus partes.

Retomando la cita inicial extraída de *Radiofonía*, es evidente que Lacan refiere a dos cuerpos: el cuerpo del lenguaje y el cuerpo tomado en “sentido ingenuo”, es decir, el cuerpo que habita el ser⁶.

El primer cuerpo hace que el segundo (el que suele creerse propio ingenuamente) allí se incorpore. Esta incorporación no sigue la lógica aristotélica de continente /contenido, sino que implica una interpenetrabilidad de los cuerpos. Los cuerpos se mezclan entre sí produciendo efectos.

Hasta aquí podemos pensar en estos dos cuerpos de los que habla Lacan en su cita y arriesgar, considerando incluso la premisa estoica, que la incorporación es una mezcla de estos dos; pero esto implicaría pensar el cuerpo como un existente que va al encuentro del cuerpo del lenguaje. No parece ser justamente esa la propuesta:

⁶ Califica este sentido de ingenuo seguramente porque al referirse a él parece una evidencia, un dato de entrada, algo que siempre ha estado ahí desconociendo que la experiencia de tener un cuerpo solo es dada por el

Lacan parece, por el contrario, proponer que el cuerpo del lenguaje hace mezcla con el organismo (organismo que sería carroña y no cadáver de no ocurrir tal mezcla) provocando un efecto: el cuerpo considerado en sentido ingenuo. El cuerpo de lo simbólico (que Lacan solicita no tomar como una metáfora) permite que el organismo del viviente devenga cuerpo. Cuerpo como efecto, como acontecimiento. Ni el cuerpo (ni tampoco el sujeto) serían datos de entrada sino efecto de la operación de significantización del viviente por el lenguaje.

Contrario a la idea, bastante difundida, de suponer que el cuerpo biológico es lo real, donde se confunde el registro real con lo “existente”, se hace imperioso recuperar esta referencia estoica para fundamentar en psicoanálisis el estatuto del cuerpo. ¿Por qué considerar el cuerpo como incorporal si tiene materialidad? Precisamente porque lo material del organismo no es lo que hace cuerpo, sino la forma como los sujetos se refieren al “propio”, es decir, como acontecimiento del lenguaje. Recurriendo a Deleuze

lenguaje. Solo porque es dicho, porque es nombrado como propio, singularizable, sólo por eso es un hecho.

(1989) el acontecimiento tiene que ver con el devenir, no con un tiempo presente ni pasado, es paradójico y sólo es posible su realidad a través del lenguaje. Los incorporales son entonces acontecimientos, no están en la profundidad de los cuerpos, sino en la superficie, cortan los cuerpos.

Existen dos afirmaciones que separan el psicoanálisis de toda biologización del sujeto y del cuerpo: la primera es que el lenguaje antecede al sujeto, y la segunda es que hay cuerpo porque un organismo es atravesado por el lenguaje. Tal vez la referencia de Lacan a la categoría incorporal estoica permita sostener estas proposiciones. Asimismo, la propuesta que realiza a través de la radio belga de redescubrir la filosofía estoica en su conjunto, sea por parte de Lacan, una invitación a subvertir ideas tan arraigadas como la división cuerpo/ alma (para los estoicos el alma es cuerpo), la idea de una esencia del ser inmutable y permanente, la idea misma de totalidad que persigue leyes generales explicativas, entre muchas otras. Redescubrir el estoicismo como una invitación para poder repensar, tal como lo propone Eidelsztejn (2012), la noción de pulsión como órgano de lo incorporal y el

mismísimo objeto a, que ya excede, por mucho, este breve desvío.

Referencias

Deleuze, G. (1989). *Lógica del sentido*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1969).

Eidelsztejn, A. (2012). *Los incorporales en psicoanálisis o “el cuerpo de laminilla”*. Consultado en <https://es.scribd.com/document/245990262/Eidelsztejn-F> (02/2021)

Bréhier, E. (1955). *La teoría de los incorporales en el Estoicismo antiguo*. Consultado en http://www.teebuenosaires.com.ar/biblioteca/trad_09.pdf (02/2021)

Fabi, G. *Apuntes sobre los Incorpóreos en la Filosofía Estoica*. Consultado en <http://www.descartes.org.ar/modulos-cuerpo-fabi.htm> (02/2021)

Lacan, J. (2012) Radiofonía. En *Otros Escritos*. Buenos Aires: Paidós. (Texto original publicado en 1970).

Lozano Vásquez, A. Sobre la ontología de los incorpóreos. México: UNAM. Consultado en www.posgrado.unam.mx/filosofia/publica/07lozano.pdf (02/2021)

*Docente e Investigadora. Grupo de Investigación
Psicopatología y Clínica. UNMDP.*

*Psicóloga en el Departamento de Salud Mental del
Municipio General Pueyrredón.*

lauraiglesiaslaura@hotmail.com

Intersecciones lenguaje y cuerpo



Rubén Bustamante

Es en el decir que tiene lugar en la experiencia analítica donde se verifica que el inconsciente no es sin relación al cuerpo. La incidencia de aquello que se encarna en la lengua tiene, hoy, la misma vigencia que en los comienzos de ese nuevo lazo social llamado psicoanálisis. A juzgar por las formas en que se presenta-sin dejar

Estamos privados de un goce. Cuerpo y lenguaje se interceptan y comparten un vacío, dos faltas que se recubren mutuamente.

de asombrarnos- el estado actual de la cultura, se nos revela aún con mayor fuerza la disarmonía radical, la ruptura de cualquier idea de naturalidad en la relación del cuerpo con el mundo que introduce la función parasitaria del saber inconsciente.

La cohesión propia del organismo no es suficiente para tener un cuerpo; es preciso que el significante introduzca el Uno. Es por la inscripción de la marca de la diferencia, que un cuerpo queda designado en su pertenencia a un conjunto, y puede ser contado con su singularidad de goce. La marca significativa también inscribe la cualidad erótica. “Hay equivalencia entre el gesto que marca y el cuerpo objeto de goce, goce que lleva la gloria de la marca” (Lacan 1992, p. 52).

Es por obra del lenguaje que podemos no sólo aislar los órganos y adjudicarles una función sino también atribuirnos un cuerpo, decir “tengo un cuerpo”, y enterarnos

de la distancia que como sujetos tenemos de ese cuerpo. “El cuerpo es un obsequio del lenguaje” 2 (Lacan, 1993. p. 17), y es por esta función del lenguaje que se constituye la clase de los seres hablantes.

Tanto la función biológica de la reproducción sexual al servicio de la conservación de la especie, inherente a la biología humana, como lo que ella introduce, la muerte del individuo, no entran en la representación.

Estamos privados de un goce. Cuerpo y lenguaje se interceptan y comparten un vacío, dos faltas que se recubren mutuamente. De lo viviente del organismo y de su goce nada sabemos; por eso la vida está ubicada en lo real en el nudo borromeo.

El cuerpo que, como sujetos nos corresponde está afectado por el eco de un decir al que llamamos pulsión. Padecemos esa presión constante, esa exigencia de una satisfacción imposible, a la que le suponemos una existencia denominada primera experiencia de satisfacción.

Si tomamos el término “anatomía” en sentido etimológico, lo que se pone de relieve es la función del

corte, la vivisección. La expresión freudiana “la anatomía es el destino” se torna verdadera, en tanto el destino, es decir la relación del hombre con la función llamada deseo, cobra su animación “en la medida en que en tal despedazamiento es concebible, ese corte del cuerpo propio que allí es el lugar de los momentos elegidos de su funcionamiento” (Lacan, 1963. p. 8).

Partición fundamental en el nivel topológico en el interior al campo del sujeto, donde se inscribe lo que será la estructuración del deseo.

Doble efecto del lenguaje en la construcción de un cuerpo. Por un lado, horadando, vía demanda del Otro, operación de vaciamiento por la cual quedan los agujeros con sus bordes y los objetos caídos por el corte, separados del cuerpo que aún no es, y con los cuales después se podrá hacer algo. Y, como segundo efecto, unificando por medio de la identificación a la imagen especular, revestimiento del aparato del Yo al objeto perdido, verdadero sostén de la imagen. “El cuerpo en términos de yo, *moi*, es la medida común de representación del mundo” (Luorno, 1997, p. 113).

El cuerpo es un hecho de discurso, y el discurso, en tanto enlace significativo radical, dispositivo de lugares, y en cuál la verdad tiene el suyo, es el destino.

La diferencia sexual depende de la inscripción de los cuerpos en la función fálica. El Edipo es el artefacto simbólico por donde pasan los cuerpos para sexualizarse. Es la argumentación necesaria de un hecho de estructura donde se juegan las relaciones del sujeto con la castración. “La niña confrontada al espejo, en un momento de vértigo ante lo que ve, tomará nota de lo no especularizable y, el varoncito, contemplando la canillita problemática, habrá de saber que eso obra a su antojo y que, además, deberá aprender a tacharlo del mapa de su narcisismo para que eso sirva para algo” (Lacan, 1963, p. 90).

El cuerpo como lugar donde el Otro deja sus marcas (morales, sanciones, -saber y poder decía Nietzsche en “Genealogía de la moral”-, donde se inscriben la historia y los ideales de la cultura) es hoy normalizado y estandarizado a través de las numerosas ofertas de reciclado que intenta negar la ruina y la disolución a la que la vida del cuerpo está destinada.

El Yo inflado del mundo actual saturado de objetos descartables, “siendo el cuerpo uno de ellos”, no puede disolver la intromisión de la discordancia que hace presente el inconsciente.

El cuerpo en la clínica no deja de encarnar en su sufrimiento la pregunta por el deseo a la que se intenta acallar con la nueva ortopedia de los múltiples dispositivos para modificar su sufrimiento.

El discurso médico, con todo su arsenal de recursos que la técnica pone en sus manos, no sabría, por los límites inherentes a su propio discurso, dejar de considerar al cuerpo aislado de todo lazo social y aun cuando vislumbra otra cosa, no puede, por ejemplo, establecer las diferencias entre un síntoma conversivo y un fenómeno psicósomático, al no contemplar la incidencia de lo simbólico, tanto en su práctica como a las afecciones a las que ellas se dirigen.

Lo simbólico es el primer cuerpo, y “el inconsciente no es más que un término metafórico para designar el saber que no se sostiene más que presentándose como imposible” (Lacan, 1993, p. 43), es decir, un saber real.

El síntoma perdura como testimonio del goce fálico que suple la falta de relación sexual. Del cuerpo y de su goce, lo único a tratar mediante nuestra praxis, es ese objeto real que designamos con la letra a, objeto resto de la operación significativa y, por eso mismo, causa de un decir, lo más real del cuerpo para el psicoanálisis.

Psicoanalista. Licenciado en Psicología

Profesor en la Cátedra Psicoanálisis Escuela Francesa.

Universidad Atlántida Argentina

ruben.bustamante@live.com.ar

Referencias

Iuorno, R. (1997). *La animación de lo viviente*.

Conferencia 5°. Buenos Aires: Catálogos.

Lacan J. (1963). El Seminario La Angustia. Libro 10.

Traducción EFBA.

Lacan J. (1993). *Radiofonía y Televisión*. Anagrama:

Barcelona.

Lacan, J. (1992). *El Seminario El Reverso del Psicoanálisis*.

Libro 17. Buenos Aires: Paidós. 1992.